



**PALOS DE CIEGO
GACETA**

**Nº 4
ABRIL 2026
www.palosdeciego.es**

EDITORIAL

8 DE MARZO

El pasado ocho de marzo, como cada año, se celebró el Día de la Mujer y miles de mujeres y hombres salieron a las calles a manifestarse para reivindicar el derecho a la igualdad. Lo que ocurre este año es que este movimiento se desarrolla en el marco del genocidio de Gaza y la guerra en Irán. Si a esto le añadimos lo que viene sucediendo con los regímenes represores de Afganistán e Irak, vemos cómo Oriente Medio se ha convertido en un ecosistema perfecto para que la situación de las mujeres, que ya era extremadamente difícil, empeore considerablemente.

En este contexto, el 8M se ha convertido en un acto revolucionario que no solo se limita a reivindicar el derecho a formar parte de la historia por la mitad de la población, sino que también tiene mucho de resistencia heroica y de firmeza frente a la guerra, la violencia y la corriente reaccionaria global. Pese a las diferencias de criterio entre los diferentes colectivos, surge un feminismo que aboga por la diversidad y traspasa las fronteras. Desde la conciencia, pretende cohesionar a las abuelas silenciosas y firmes como rocas que hicieron posible la supervivencia en los entornos rurales, con las activistas infatigables que con su lucha consiguieron el reconocimiento de una serie de

derechos que fundamentan quienes somos y con las jóvenes que quieren formar parte activa del relato de la historia.

Y todas ellas, con su grito, logran dar visibilidad a las mujeres que permanecen silenciadas en regímenes totalitarios. Mujeres que deben ocultar su rostro, su pelo, su cuerpo, su mirada, sus pensamientos, aspiraciones y emociones. Esta violencia silenciosa desemboca en una forma de anulación, de destrucción, de desaparición que consigue deshumanizar a las mujeres, convirtiéndolas en meros objetos. Mujeres que en la práctica son propiedad del marido o del amo, que carecen de garantías de protección y no tienen acceso real a la justicia frente a los abusos que puedan sufrir.

Desde Palos de Ciego, entendemos que se debe garantizar el derecho a una existencia digna de toda la población sin distinción de género. Por ello, desde nuestro entorno rural y despoblado, consideramos necesario sumarnos al sentir del 8 M y alzar la voz para dársela a todas las mujeres del mundo a las que no se les permite tomar decisiones sobre su propia vida y que no son escuchadas, porque lo que no se nombra, no existe. Y lo que no existe no se puede transformar.

SUMARIO

| | | |
|-------------------------------------------------------------------|-------------------------|----|
| CONFLICTOS RÚSTICOS | CONCHA LUCAS | 4 |
| CUIDA EL ANIMAL AL ANIMAL | C. FLANTAINS | 6 |
| EL AUTOBÚS QUE NO PASA | ALBERTO CENTENO | 7 |
| LA HACENDERA | PILAR GARCÍA LLAMAZARES | 9 |
| LA PASEANTA DE GATOS | MIRVA VALDEBURÓN | 10 |
| NUEVA ASOCIACIÓN POR LA RECUPERACIÓN DE LA ALPACA DE 80X40 cm. | LUCIANA PEREIRA | 12 |
| PARÁSITOS | IGNACIO CHAVARRÍA | 13 |
| SOMOS DEMASIADOS EN CASA | MONSE ROBLES CASTRO | 15 |
| OJO CRÍTICO (FOTOGRAFÍA) | | |
| ABEJA MAYA | JUAN CARLOS MARTÍNEZ | 17 |

CONFLICTOS RÚSTICOS

CONCHA LUCAS

Habito lo rural desde hace años, y no puedo decir que sea un ejemplo de Fuga Mundi, con el coche en la puerta y el supermercado, la farmacia y el cajero a cinco kilómetros.

Sé que no soy muy diferente de Thoreau viviendo en su cabaña no muy lejos de la casa familiar, recibiendo semanalmente la ropa limpia y los túpers que le preparaba su madre.

Al mismo tiempo, pesa sobre mí la presión social, propia y ajena, por haberme exiliado a este entorno que Occidente decidió residual y periférico, marginal y friki.

Presión social que me hace parecer rara por querer venir a compartir territorio con este grupo de personas que, tozudas e incordionas ellas, no acaban de marcharse a la ciudad, que es lo que querían algunos, para ahorrar recursos médicos, colegios, transporte y servicios y dejar el campo libre a los huertos solares, parques eólicos, macrogranjas, papeletras y cualquier otro proyecto inventado por la bestia extractiva que sujeta esta civilización, cuyo único deseo es campar a sus anchas por estos montes, para pegarles tarascadas y mordiscos, libre de toda esta gente que tanto le estorba.

Así es que me muevo entre la sensación de peatona privilegiada que pudo escapar de la trituradora urbe y la peatona insensata que se complica la vida viniéndose al pueblo, en un permanente conflicto que me hace parecer marciana frente a Bonifacio, que lleva un montón de años sentado al sol a la puerta de casa, después de dejarse el lomo y la vida trabajando el trigo, la avena y el centeno, y que se apoya en su cacha, tranquilamente, mientras nos hace a todos la ficha, sabiendo de memoria quién es quién en esta pequeña muestra del mundo.

Soy consciente de que mi huida ha sido por elección, de que en la misma situación en la que otras personas se limitan a soñar, yo he podido reunir los recursos suficientes para comprar una casa, que se cae, pero casa, y para creer en mi deseo/proyecto

que, aunque insensato y poco práctico, he podido llevar a cabo con razonable éxito.

Habrà quien diga que haber sentado mis reales en este simulacro de fin del mundo es poco lógico, pudiendo pasar mi vida cerca del cine y del centro comercial.

Y que, como decía mi abuela, “buena gana de complicarse la vida”.

Y aunque mi madre no viene con el túper y el saco de la ropa limpia, estoy segura de que un helicóptero o una ambulancia me evacuaría, si fuera necesario, para llevarme al hospital.



Aun así, quiero pensar que poner el cuerpo en lo rural es una forma de militancia, que ocupar un espacio, cuando este es residual, pasado de moda y fuera de los circuitos en el candelero, es como ser enlace sindical, o empeñarse en escribir una novela, o acoger una criatura en casa.

Es eso que haces sabiendo que traerá más problemas que otra cosa, pero que te pide el cuerpo a gritos.

Es el Colgado del tarot. Esa carta en la que, cabeza abajo, el colgado asume su difícil postura con expresión beatífica, desde la paciencia y la iluminación. Es el compromiso aceptado. No como una decisión que tiene que ver con el deber o lo mental, sino con lo instintivo.

Es aquello que acaba reuniendo lo que te apetece con lo que debes.

Habitar junto al monte me pone a salvo de una civilización que me araña por dentro, de la vuelta obligada a la ciudad al acabar el fin de semana, al atasco, al continuo ruido del tráfico, a la mierda hormigonada.

Es donde poder hacer fuego a diario en invierno, oler a tierra todo el año, pasear por el bosque un día cualquiera después del trabajo y contemplar cómo una vaca pasa bajo mi ventana después de medianoche, juerguista y prófuga, que se le escapa al vaquero de vez en cuando.

Al mismo tiempo, deseo ser útil para este suelo que me acoge y convertirme en un obstáculo recalcitrante y molesto cuando al animalito civilizatorio le dé por venir a hozar por estos prados, a hincarnos el diente.

En definitiva, me sostengo en precario equilibrio sobre el alambre de mis conflictos y, aun así, quiero pensar que sumarme a este colectivo denostado, superviviente y tozudo me incluye en una simbiosis de beneficios recíprocos.

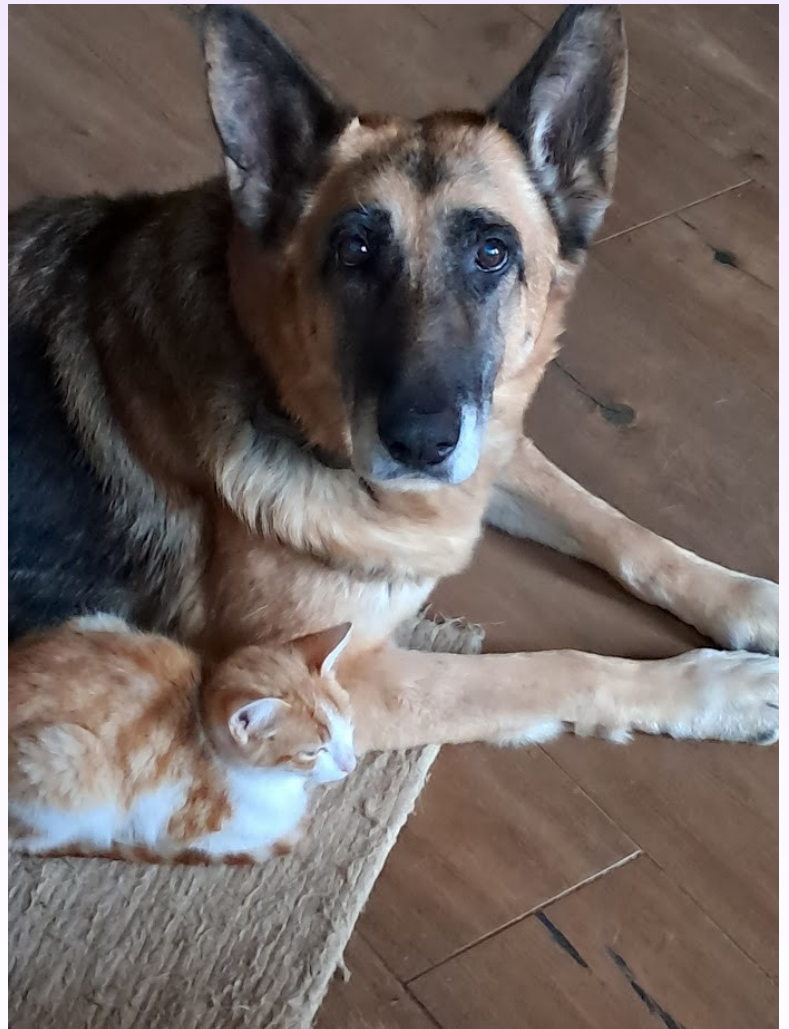
Que así sea.

Y que no falte el baile y los bares en los pueblos.

Concha Lucas

Cuida el animal al animal,
lo sienta cerca del fuego,
peina su cabello osco,
recorta, limpia sus uñas
y enjuaga con agua del río de la vida
las partes de su cuerpo que más apestan.
Luego, le da de comer el alimento
conseguido con sus manos
y tras machacar con las fauces
granos y huesos, saciado ya,
aprende a pronunciar
palabras tales como, amigo, hermano,
ruido
pronuncia ruido una y otra vez
se detiene en ruido
y mira al animal que le está mirado.
-¿Ruido dices? ¿dices ruido?
No serán los pies del Sembrador de Estrellas
porque va descalzo
ni serán las estrellas mismas que, cual gotas de rocío,
se posan tal que el beso de un amante sobre el manto;
pero ellos eso no lo saben
ni Licio tiene pensado aún contarlo.
Cuida el animal del animal con esmero,
sale el sol y se pone inagotable:
madre, amigo, hermano... ruido
-¿ruido dices?
-sí, sí ¡ruido!

CUIDA EL ANIMAL AL ANIMAL ***C. FLANTAINS***



EL AUTOBÚS QUE NO PASA. UNA PARADA QUE NUNCA LLEGA ***ALBERTO CENTENO***

Cuando una parada de autobús se convierte en metáfora del abandono rural y en espejo de una España que aún no sabe dónde termina su mapa.

En Castro del Condado, pequeña localidad del Ayuntamiento de Vegas del Condado, situada cerca del río Porma, frente a la loma de La Quebrantada, los vecinos conviven con la necesidad de que el autobús de la empresa Libery, antes Yugueros, llegue a la población y realice la parada correspondiente. El autobús circula por la carretera “de Santander”, N-621, a un kilómetro del pueblo, deteniéndose en ella, con el consiguiente peligro para los viajeros, frente a una de las vías de entrada y salida de la aldea, por si hay alguna persona que desciende o espera a subir, pero ajena la empresa a las aspiraciones de los residentes.

La Junta Vecinal lleva años reclamando una simple parada en el pueblo, unos segundos de frenazo. Pero la respuesta se diluye entre expedientes y estudios de viabilidad. La burocracia no entiende de paraguas ni de bastones. Así que los vecinos que desean coger el autobús recorren ese kilómetro bajo lluvia, con niebla o bajo el sol de agosto. Y lo hacen con ese humor seco —mezcla de ironía y paciencia— que define el mundo rural. “Aquí el autobús es puntual” —bromean— “Ya hemos dejado de mirar el reloj: el autobús entrará en Castro el día que alguien en la empresa descubra en el mapa que existimos.”

Castro del Condado, donde la espera también es patrimonio inmaterial

En pueblos como Castro, la movilidad depende del propio coche o de la buena voluntad del vecino que te transporte en el suyo. Se habla de “cohesión territorial”, “transición verde” e “igualdad de oportunidades”, pero las ruedas del autobús giran por el mismo asfalto, sin desviarse ni un metro hacia los márgenes. Son conceptos que llenan discursos y estrategias, pero que se desinflan en cuanto se pinchan con la punta de un paraguas en una cuneta.

El argumento oficial es impecable: desviar la ruta no resulta rentable. Lo que nadie explica es por qué la rentabilidad se mide solo en cifras y no en vidas. Un servicio público que excluye a quien menos tiene termina siendo una contradicción con ruedas.

A más de un técnico no le cuadrarán las cuentas, pero en los pueblos la lógica se mide de otro modo: en tiempo, en compañía, en dignidad. Un pueblo sin transporte público pierde el derecho más básico: el de estar conectado con el resto del país.

La despoblación no empieza cuando la gente se va, sino cuando los servicios públicos faltan

Y lo de Castro del Condado no es una rareza. Cientos de lugares de la España interior convierten la espera en costumbre. Basta con mirar el mapa para comprobar cuántos pueblos están en el mismo andén invisible: esperando un autobús, la apertura de un consultorio médico, la cobertura de Internet que entra y sale según sople el viento...cualquier gesto de presencia pública.

No se trata de nostalgia, sino de coherencia. Si se quiere mantener vivos los pueblos, hay que dejar de tratarlos como excepción presupuestaria. La supervivencia rural pasa por gestos concretos: una parada, un consultorio, un camino iluminado...Porque el futuro del medio rural no está en informes diagnósticos, sino en actos que le devuelvan el pulso. La entrada del autobús en Castro es una de esas ausencias que hablan más que cualquier campaña institucional.

Estamos tan acostumbrados al abandono que hasta hemos aprendido a justificarlo

El autobús de Libery, pasando de largo, se ha convertido en metáfora de un modelo que acelera sin

mirar los retrovisores. La modernidad viaja deprisa, pero olvida a quienes no siguen su ritmo. Un país que margina a los márgenes —valga la redundancia— corre el riesgo de quedarse sin raíces. Quizás por eso el caso de Castro no debería leerse como anécdota, sino como advertencia. Si una nación no garantiza que un autobús pase por sus pueblos, ¿cómo puede garantizar que quiera quedarse alguien en ellos?

Si algún día el autobús de Libery pasa por Castro, el acontecimiento será histórico. No tanto por los segundos de parada, sino porque el país miraría por fin hacia dentro. Mientras tanto, los vecinos caminan su kilómetro diario, sin estridencias ni titulares, con humor y orgullo sereno. Aquí no se piden milagros, solo respeto. Y tal vez algún día lo haga. En ese momento, el chirrido de los frenos sonará como un gran aplauso: un homenaje a la constancia, a la retranca, y a esa España rural que, pese a todo, siempre ha sabido esperar con los pies en el suelo.

¿Qué se puede decir de un país que un autobús no pueda desviarse un kilómetro para recoger a sus ciudadanos? ¿En qué momento aceptamos que vivir en un pueblo implica vivir con menos derechos? ¿No debería la rentabilidad medirse también en dignidad?

En los pueblos, cuando el autobús no pasa, al menos queda la palabra, el humor

y un kilómetro de esperanza

Alberto Centeno



“Cientos de lugares de la España interior convierten la espera en costumbre. Basta con mirar el mapa para comprobar cuántos pueblos están en el mismo andén invisible: esperando un autobús, la apertura de un consultorio médico, la cobertura de Internet que entra y sale según sople el viento...cualquier gesto de presencia pública”.

¿Y TÚ QUÉ PALO DAS A LOS SERVICIOS BÁSICOS QUE FALTAN EN TU PUEBLO O MUNICIPIO?

LA HACENDERA

Pilar García Llamazares

Ayer hubo hacendera en mi pueblo. Hacendera viene de hacienda, que significa trabajos que se deben hacer de forma gratuita. La convocatoria llegó por WhatsApp; también estaba en el tablón de anuncios para que los últimos vecinos analógicos la pudieran leer. Se acabó aquel repique de campanas festivo y repetitivo que indicaba el inicio de la reunión. En este pueblo ya no existen las campanas porque se abollaron el día que se esgrulló la torre, aunque ya hacía tiempo que no sonaban. En la España vaciada, este sonido se ha perdido por falta de campaneros, pero sobre todo por falta de habitantes.

La labor que se realiza en las hacenderas es el mantenimiento de lugares comunes: limpieza de regueros, arreglo de caminos, desbroce, mantenimiento de pontones...

En el mundo rural ya se sabía hace muchísimos años que estas tareas eran imprescindibles para evitar incendios, desbordamientos, transitabilidad de los caminos y otros.

Antes las hacenderas eran obligatorias para todos los vecinos; incluso se podían poner sanciones a los residentes que no colaborasen.

Estas faenas tenían mucho de festivas, porque si bien eran duras, al final de la jornada terminaban con una merienda-cena donde el escabeche, el queso y el vino, en ocasiones avinagrado, corrían en abundancia.

Antaño este deber lo hacían solo los hombres, pero desde hace un tiempo unas mujeres aguerridas se han unido a esta tarea.

Ayer, un día gélido donde hasta el aliento se congelaba, hombres y mujeres con sus tractores con palas mecánicas y sus artilugios de otros tiempos: azadas, rastrillos y tijeras de podar trabajaban como formando una gran familia y yo me sentí culpable por no colaborar.

El grupo no era muy numeroso, pero es muy de agradecer que con su buena voluntad y su bien hacer obren de manera gratuita.

Estas labores de conservación y prevención.

Eso sí, la reunión terminó también con tarde-noche festiva porque después había ricas viandas, no aquel delicioso escabeche, pero sí otras no menos exquisitas.

En otros lugares de España, las hacenderas tienen otros nombres como huevra, obreriza, sextatenia, adra, serna...

Me alegro mucho de que en mi pueblo las hacenderas sigan vivas.

Hoy han convocado a hacendera.

Con picos, palas, hoces, guadañas, azadas... Los labriegos han salido. La helada había pegado fuerte. Curtidos, vigorosos, endurecidos como la tierra, el trabajo se ha repartido.

Así se trabaja en un pueblo, en unión y alianza.

Pilar García Llamazares



LA PASEANTA DE GATOS

Mirva Valdeburón

Uno de esos días grises donde la niebla emborrona los contornos y parece que nunca va a amanecer, una silueta envuelta en un manto azul celeste, provista de un sombrero oscuro y portando un bordón, recorre con parsimonia el camino hacia la Fuente del Oso, seguida de un grupo de gatos tan desconcertante como varipinto.

Cuando la princesa de niebla se detiene un instante para recoger una piña u observar un horizonte extrañamente invisible, los gatos giran a su alrededor formando un círculo protector y elevan sus colas al cielo, para seguidamente continuar el paseo a un sutil movimiento de la dama.

Permanecí quieta como en un estado de ensoñación mientras la niebla descendía lentamente y la figura se alejaba. La humedad que empezaba a calar la ropa me hizo reaccionar y continué mi camino un tanto confusa. Decidí no comentar con nadie la extraña visión, pero no conseguía quitarla de mi mente; la recreaba continuamente, pensaba que cuantas más veces la visualizaba, más la distorsionaba, creando en mi mente una suerte de heroína que habitaba en un mundo mágico.

El invierno avanzaba y yo aprovechaba los días claros para salir a pasear de mañana, bajo ese cielo azul hielo que nos regala la montaña de León, enrojeciéndonos el rostro al tiempo que nos templaba el ánimo. Es un regalo caminar bajo la luz invernal en tiempos tan oscuros donde uno despierta sintiéndose un extraño en un mundo hostil, consciente de que parte del planeta sufre las consecuencias de la guerra, de un capitalismo feroz que deja fuera de la sociedad a los más vulnerables, del abuso de poder que corrompe las instituciones, de la prevalencia de los intereses puramente económicos en detrimento de la cohesión social y un número infinito de injusticias que no puedes ignorar.

Mientras andaba en estas y otras divagaciones, vi acercarse a una señora mayor. Bata de guata azul celeste, mantilla de lana por los hombros, sombrero de fieltro, un palo de avellano que le servía de apoyo y un montón de gatos alrededor caminando al ritmo de sus pasos. Sonreí consciente de que el misterio se había resuelto y la niebla se había disipado.

Lentamente, se fue acercando con la mirada fija en mí, mientras los gatos comenzaban a alborotarse a su alrededor, sabiendo que habían llegado a destino y posiblemente les esperaba una gratificación en forma de latita o golosina.

Ese día hablamos poco, ni siquiera me dijo su nombre; yo tampoco se lo pregunté ni le di el mío, lo que no impidió que me interrogase de una forma bastante directa sobre temas personales: "Tú eres la que vives en la casa del pinar, tienes hijos, trabajas, no tienes familia aquí, te he visto más veces por el monte, sales mucho". Curiosamente, tamaño tercer grado al que me sometió, no me molestó, pude sentir claramente que era una forma de demostrar educación, manifestando interés por mí, de una manera tan sencilla y bondadosa que lejos de hacerme sentir incómoda, me reconfortó.

De sí misma prácticamente no habló hasta nuestro tercer o cuarto encuentro, a veces simplemente nos sentábamos un rato y hablábamos de sus gatos. Yo seguía fascinada por el hecho de que pasearan junto a ella de manera tan natural y acatasen sus órdenes cuando les hablaba con la naturalidad de pertenecer a la familia. También trataba de aprender sus nombres, quería distinguirlos, saber si estaban todos o quién faltaba, porque podía sentir que para ella eran importantes.

En uno de aquellos encuentros, las palabras brotaron como agua de manantial, desbordadas, cubiertas de frío y oscuridad, salidas de una profundidad inalterada. Descubrí que se había pasado la vida cuidando de sus padres, para después cuidar de su hermano. Semejante dedicación a los demás no le había aportado ningún momento agradable en forma de amor o alguna manifestación de cariño; todo lo contrario, los continuos reproches y pequeñas humillaciones diarias fueron haciendo mella en su carácter bondadoso. El miedo fue calando en su interior como una lluvia fina que penetra lentamente sin que seas consciente, hasta que un día sintió como si sus pulmones fueran trozos de roca caliza que le impedían respirar, para más adelante ser incapaz de contener las lágrimas que se desbordaban, inundando su mirada.

La lista de medicamentos para soportar el dolor que formaba parte de su rutina servía para poder descansar unas horas, pero no conseguían que se sintiese mejor. A veces no pensaba con claridad, lo cual la inquietaba, pues no sabía qué hacer con todos esos pensamientos caóticos y desproporcionados que no la dejaban vivir y no era capaz de ordenar.

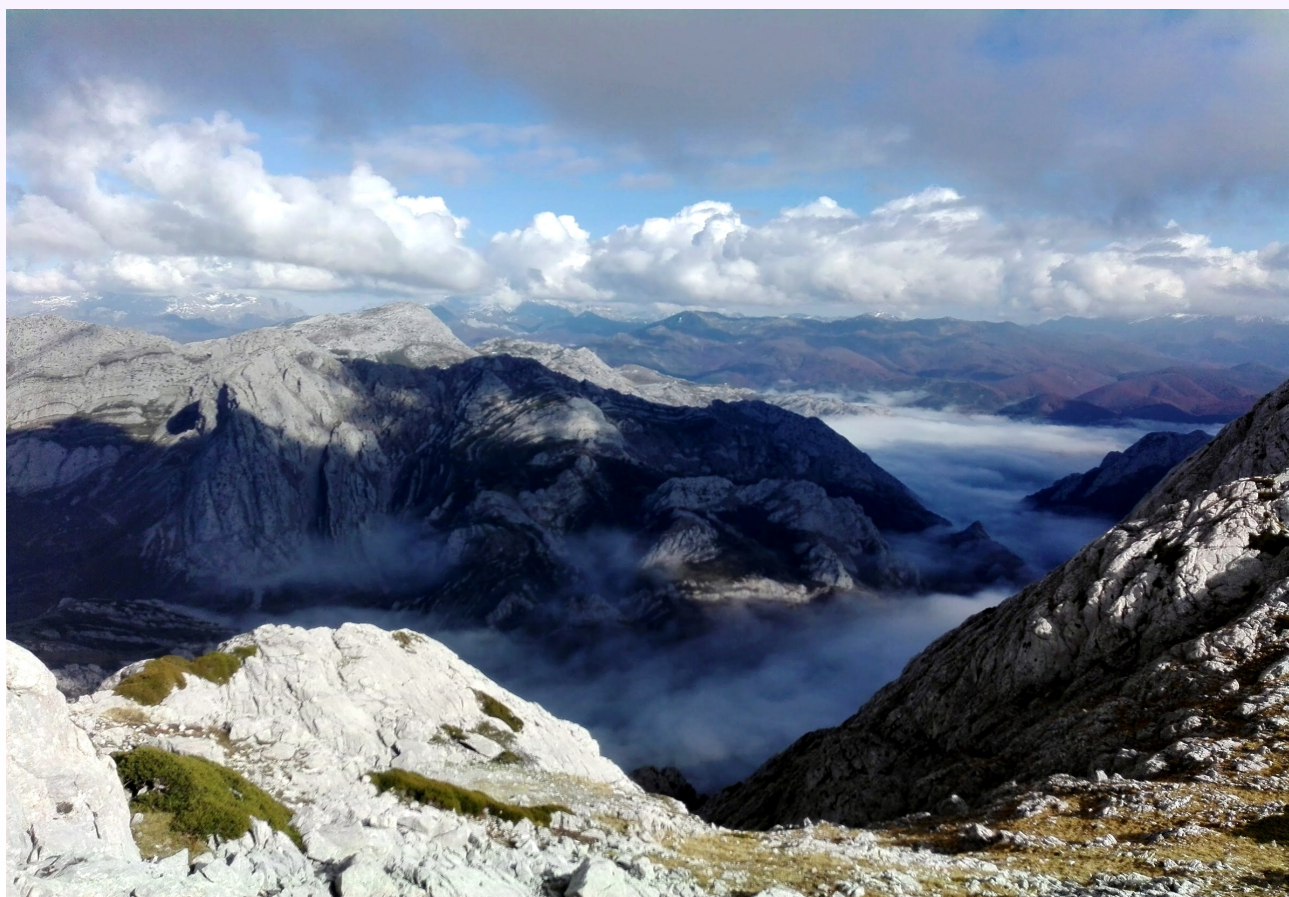
Finalmente, un día se quedó sola con sus gatos y sus recuerdos, ya no había a quién cuidar. No se sentía liberada, en realidad, no sabía cómo se sentía. La depresión se había cronificado, la medicación, era imposible dejarla después de tanto tiempo dependiendo únicamente de ella, y su exigua pensión solo le permitía sobrevivir a duras penas en la casa familiar. Afortunadamente, no había sobrinos ni familiares que la pudieran echar, me dijo muy seria, porque tú no sabes lo que hay por ahí.

Seguimos compartiendo momentos ocasionalmente; la observo y veo una pena antigua instalada en su mirada que me hace plantearme si no es un fiel reflejo de la tristeza que desprende

nuestro pequeño mundo abandonado, sin que se le preste la atención que merece, con apenas unos servicios mínimos que no llegan a cubrir las necesidades de la escasa población que habita estas tierras.

La falta de recursos, tanto a nivel personal como social, condena a parte de la población a una vida precaria no solo en bienes materiales indispensables y condiciones de vida dignas, sino también a sufrir una falta de asistencia sanitaria, tanto física como mental, que deriva en la cronificación de enfermedades relacionadas directamente, en muchas ocasiones, con la precariedad ya mencionada, la soledad, el rechazo social y una larga lista de problemas que nadie parece querer afrontar. Debe resultar más cómodo ignorarlos; total, aquí viven cuatro gatos y una princesa de niebla a la que nadie ve.

Mirva Valdeburón



NUEVA ASOCIACIÓN POR LA RECUPERACIÓN DE LA ALPACA DE 80 x 40 cm.

LUCIANA PEREIRA

Somos una asociación creada recientemente con el fin de reivindicar y recuperar la alpaca de 80 x 40 cm. Esta alpaca de tamaño pequeño, con un peso aproximado de veinte kilos, fue la alpaca más utilizada durante todo el siglo XX y hasta bien entrado el presente siglo. Ese peso y tamaño le daban a la alpaca una entidad propia que la hacían especialmente manejable, de manera que cualquier persona podía trincharla con una horca y lanzarla con gracia y salero por la ventana hacia el interior del pajar. Estamos convencidos de que una alpaca de 80 x 40 cm no es solo una alpaca, es un símbolo de una época en la que se trabajaba el campo con amor y dedicación. No reivindicamos un objeto simplemente; queremos poner en el punto de mira la vida rural de nuestros antepasados inmediatos, y recuperar tradiciones, usos y costumbres que desgraciadamente se han perdido.

Para este fin hemos pensado unir dos facetas que nos apasionan, lo rural y las motos, pues si algo nos define a los miembros fundacionales de esta asociación es nuestra pasión por el motor sobre dos ruedas. Nuestra vida en la ciudad nos impide disfrutar del campo, la agricultura, la ganadería y, en definitiva, de las costumbres y las tradiciones de nuestros pueblos. Dos días a la semana y siempre que podamos, nos pondremos en ruta en busca de nuestras raíces y de un tiempo pasado que nos resistimos a que desaparezca. Iremos a la busca y captura de lo rural, de lo auténtico.

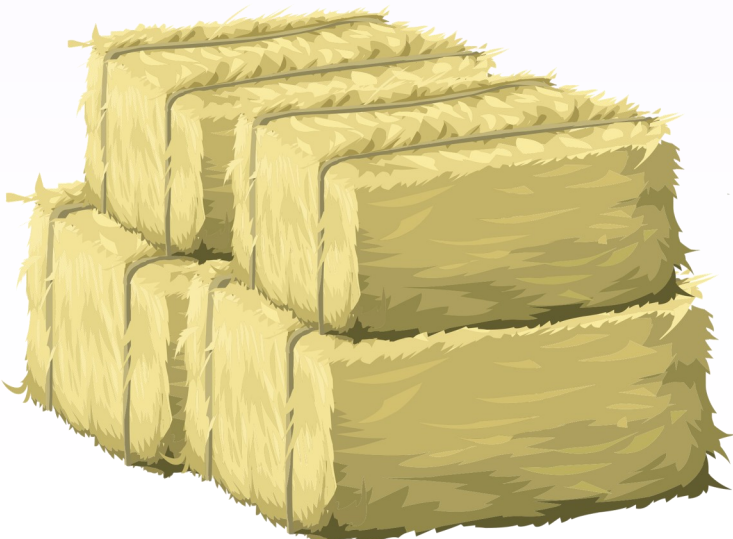
Hemos elegido como emblema y fuerza centrífuga de nuestro proyecto la alpaca pequeña de 80 x 40 cm, y nos hemos puesto en contacto con varias empresas para su fabricación. También hemos contactado con varios establecimientos rurales situados en rutas de gran belleza de la geografía rural de nuestra provincia con el fin de transformarlos en lugares mágicos y más rurales, si cabe, gracias al uso de las alpacas. Con ellas recrearemos lugares que nos transporten a paisajes de antaño, realizando empalizadas con alpacas, barras de bar con alpacas, escenarios, pódiums para repartir premios a los moteros más singulares hechos con alpacas, etc.

Sabemos que todo cuenta para revitalizar las zonas rurales y nuestros pueblos y, aunque vivamos alejados de ellos, no queremos dejar en manos de una pequeña población el gran trabajo que supone levantar lo que casi ha desaparecido.

Tenemos que agradecer la ayuda de dos grandes multinacionales de energía verde que con su patrocinio están dando un importante empujón a lo que en un principio fue una ilusión: aerogeneradores VALM y gasolineras BP. Estamos buscando alguna marca de cerveza artesana y local que quiera colaborar suministrando cámaras enfriadoras, mobiliario de terraza, y todo aquello que puedan aportar, pero aún no la hemos encontrado.

Y no nos quedamos solo ahí; queremos compartir el reconocimiento y el éxito de esta gran aventura con el máximo número de personas, por lo que hemos puesto en marcha un crowdfunding a través del cual todo el mundo podrá aportar su granito de arena.

Luciana Pereira



PARÁSITOS

IGNACIO CHAVARRÍA

Esta mañana he visto a mi primer lobo en libertad. Paseaba con mi perra por uno de los muchos caminos que comunican los pueblos ajenos a las vías asfaltadas.

A mi derecha, en uno de los prados, pastaban las vacas. Me llamó la atención que hacían cosas raras... no las que hacen normalmente las vacas: éstas eran raras incluso para ellas. Se movían de un lado a otro, como una marea parda sobre el verde prado. En medio, un par de becerros eran pastoreados por la manada. Mugían las madres con llamadas de aviso, insistentes, intranquilas.

Me quedé un rato mirando. Evidentemente, no era yo el motivo de tanto trasiego, ni era mi perra, que olisqueaba intrigada el aire a mi lado. Había algo más. Fijé la mirada donde ellas miraban, hacia donde apuntaban sus defensas, y me pareció ver un animal moviéndose rápido de lado a lado.

En un primer momento imaginé, en mi ignorancia de ciudad, que era un perro que cuidaba la vacada. El animal se movía en horizontal, intentando rodearlas, y ellas le ofrecían un parapeto de cuernos y pezuñas.

Grité.

Fue algo instintivo, esa manía que tenemos los humanos de interferir donde no nos llaman. Entonces lo pude ver. Al oír la voz, se irguió y me miró. Nos miramos. Un instante. Estaba lejos. Mi perra gruñó y se deshizo el hechizo. El animal empezó a trotar, alejándose, mirando de vez en cuando hacia atrás, hacia mí. Cruzó el sembrado hasta el linde de árboles que arropan el río, y se paró allí un momento. Respiré. Y desapareció. Un lobo, joder. Mi primer lobo.

¿Qué hacía ese animal solo a las afueras del pueblo? Supongo que sobrevivir. Puede que los incendios de este verano hayan arrasado su casa. Puede que ya no tenga bosque donde esconderse. Puede que le falte caza, o que le hayan perseguido tanto que ya le dé todo lo mismo y vaya, a pecho descubierto, sable en mano, hacia el enemigo, buscando la muerte.

Puede.

Lo que sí sé es que es culpa nuestra. Todo es culpa nuestra: los incendios, las inundaciones, los desprendimientos, los virus, las enfermedades, las muertes, las extinciones. Somos los culpables.

Creemos que somos colonizadores, gallardos aventureros, descubridores de mundos, pero somos parásitos. Enterramos el agua desangrando los campos. Asfaltamos la tierra, ahogándola hasta que hiede a muerte. Encerramos, matamos y usamos animales. Recursos; como si fueran nuestros, como si tuviéramos derecho.

No nos damos cuenta de que compartimos este mundo. O sí; somos conscientes, pero nos importa un carajo. Podemos, pero no debemos, y lo que debemos hacer no queremos.

Nos estamos convirtiendo en los próximos dinosaurios. La tierra se está defendiendo y, cuando encuentre la vacuna, tal vez —con suerte— desapareceremos. Y entonces los lobos volverán a aullar libres las noches de luna llena.

Ignacio Chavarría



SOMOS DEMASIADOS EN CASA

MONSE ROBLES CASTRO

Es la nuestra una casa de adobe y madera de más de cien años. Está llena de rincones oscuros y acogedores. Demasiado acogedores, me temo.

En mitad de la noche oscura, mientras dormíamos, escuchamos unos extraños ruidos dentro de nuestra habitación. Deben de ser las cuatro o las cinco de la madrugada, estamos profundamente dormidos, cuando de pronto nos despierta un ruido. Todo está oscuro y tranquilo, pero cada poco rato oímos un extraño rascar, parece que en el suelo o en un rincón de la habitación. Es como un ruido de sierra, ras, ras, ras...

La noche siguiente se repite lo mismo y las noches sucesivas también. Ras, ras, ras...

Miramos y miramos, pero no vemos nada. Cuando caemos en la cuenta, resulta que tenemos compañía en casa, en nuestra casa de adobe y madera, de más de cien años. Una casa llena de rincones oscuros y acogedores. Demasiado acogedores me temo.

Un día entro en la despensa a coger legumbre, cuando nada más cruzar la puerta veo a dos o tres ratones correteando apresurados entre los tarros de las repisas. Pero en un instante han desaparecido.

Otro día estamos sentados en el sofá tomando algo y charlando con un amigo, cuando de pronto, un pequeño ratoncito aparece en una esquina, nos mira con curiosidad y atraviesa la habitación hasta el otro lado, con toda tranquilidad. No os creáis que se apresuró a correr como un loco. No. Está claro que estaba en su casa.

Son los nuestros unos ratones chiquititos, no esas horribles ratas de alcantarilla. Grises, redonditos, peludos, de hocico curioso y pequeñas orejas redondeadas. Pienso que es posible que sean ratones de campo, pues nuestra casa está al mismo nivel que la huerta y el jardín. No hay escalones ni barreras arquitectónicas que nos separen del mundo natural. La casa y la huerta son un todo continuo.

Aunque en nuestra familia somos bastantes tolerantes con las supuestas incomodidades de la naturaleza, creo que ha llegado el momento de hacer algo al respecto. Somos demasiados viviendo en la misma casa. Demasiada densidad de población. Ras, ras, ras...

Descartamos el uso de raticida, no queremos envenenar a los gatos del pueblo. Muchos gatos mueren por comer ratones envenenados.

Ponemos trampas. Pequeños cepos con un trocito de tocino o queso. Y debo reconocer, en honor a la verdad, que fueron muy efectivas. Ufff... yo no sé cuántos ratones cayeron. Muchos realmente. Nunca pensé que tuviéramos tantos en casa. Pero vivimos en el campo...

Sucedió que por entonces apareció una gata callejera en la huerta. Estaba muerta de hambre y se quedó con nosotros. Pasado un tiempo desapareció, pero nos dejó un precioso gatito rubio: Rayo, del que ya he hablado en otra ocasión.

Rayo no es un gran trabajador. No es un gato “murador”. En nuestra zona el verbo murar significa cazar ratones. Así se dice de un gato que es “buen murador”. Pero el nuestro no lo es. Realmente en cuatro años sólo lo he visto una vez con un ratón. No nos deja regalitos en la puerta: pájaros, ratoncitos, topillos, murciélagos, como suelen hacer los gatos para ganarse el jornal. Él se dedica a dormir unas catorce horas diarias, comer y ronronear. Tiene buen carácter. Menos cuando desaparece durante semanas. Pero esa es otra historia.

Sin embargo lo curioso del caso es que, desde que hay gato en casa, no ha vuelto a aparecer ningún invitado no deseado. Nunca más. Y eso que nuestro gato no caza. Creo que con su olor es suficiente para alejar a los roedores.

Lo bueno del caso es que se ha resuelto el problema de la forma más sencilla y natural.

La naturaleza es sabia y tiene soluciones para todo.

Monse Robles Castro



OJO CRÍTICO

En el zumbido de una abeja late el futuro del campo... no lo apagamos.

JUAN CARLOS MARTINEZ

